

Midnight in Paris

Mauricio Molina



Woody Allen

Ernest Hemingway alguna vez escribió que París era una fiesta. Woody Allen rinde un homenaje a la llamada Generación Perdida que hizo de la Ciudad Luz su lugar de peregrinaje en el filme *Midnight in Paris*.

Más o menos entre el fin de la Primera Guerra Mundial y la Gran Depresión del 29, un grupo de escritores y artistas norteamericanos hicieron de París un lugar de culto. La constelación es abrumadora: Ezra Pound, T.S. Eliot, Ernest Hemingway, Scott Fitzgerald y su esposa Zelda, Gertrude Stein y el fotógrafo Man Ray, para sólo mencionar a unos cuantos.

En su más reciente filme exhibido en México, Woody Allen convoca a estas presencias para sumergirnos en una época definitiva, cuando el surrealismo ascendía con los relojes derretidos de Dalí o con el ojo desgarrado de *El perro andaluz* de Luis Buñuel y París se había erigido en la capital del arte moderno.

A diferencia de *Luna amarga*, de Roman Polanski, donde también hay un homenaje en tono sombrío a la Generación Perdida, Woody Allen prefiere la ligereza que lo caracteriza.

La trama arranca en nuestros días con una pareja norteamericana a punto de casarse que viaja a París con los padres de la novia en un viaje de negocios. El protago-

nista central, actuado por Owen Wilson, un exitoso guionista dispuesto a abandonar su casa en Malibú con tal de trasladarse a la capital francesa para escribir una novela, descubre que a cierta hora, en la noche, aparecen todavía los fantasmas de sus escritores predilectos, las figuras míticas de la Generación Perdida. Acude a fiestas y bares donde todos ellos deambulan gracias a un reparto que siempre está en la orilla del kitsch, el *miscast* y el gran arte. El reparto es casi genial: Carla Bruni como guía de turistas, Adrien Brody como un Dalí enloquecido, Kathy Bates en una espléndida postal de Gertrude Stein. Las personificaciones de Fitzgerald y Hemingway están perfectamente logradas. La música de Cole Porter y de Josephine Baker —entre otras referencias a la era del jazz y del charlestón— contribuyen a dar al filme un tono de auténtica nostalgia.

Pocos filmes de lo último de Woody Allen alcanzan esa finura elegante de comedia clásica. Algunos de sus temas reaparecen: la relación siempre compleja entre el arte y el dinero, como en el espléndido *Match Point*, la búsqueda de una época de oro inalcanzable, como en *La rosa púrpura de El Cairo* o *Radio Days*, la trivia y la cita culta, el chiste privado (hay un momento en que el héroe del filme le sugiere

a Buñuel la trama de *El ángel exterminador*), y la ironía melancólica del tiempo que nos abandona.

El París del presente, fotografiado en postales de lugares comunes (la Torre Eiffel, el mercado de pulgas, la Place Vendôme, La Coupole), contrasta con la vivacidad de los interiores del pasado. Repasando el mito de Eurídice, y guiado por la bellísima Marion Cotillard (donde la actriz adquiere ya una dimensión de diva), el personaje, como Orfeo, viaja al pasado mítico para visitar a sus fantasmas y obsesiones. Se trata de un filme sutil cuya grandeza reside en su tono minimalista, compuesto de escenas casi fugaces que alcanzan dimensiones estelares. La vuelta de tuerca del filme se encuentra en un viaje dentro del viaje al pasado donde Marion Cotillard se encuentra con sus propias fantasías: la *Belle Époque*, cuando Toulouse Lautrec, Edgar Degas y Gauguin se reunían en el mítico Maxim's.

La magia y la parodia se funden en *Midnight in Paris* para homenajear más que a una ciudad, a una serie de atmósferas. Y ahí es donde reside el gran truco del filme. Woody Allen realiza una espléndida metáfora existencialista: en su aparente banalidad e incertidumbre, el presente es en realidad lo único que tenemos. **U**